

mercedes hurtado



MERCEDES HURTADO

Investigación e historia:
Luz Marina Núñez Ramírez
markeica67@gmail.com

Agradecimientos e introducción:
Clara Eugenia Roa García, María Cecilia Roa García
clroag@unal.edu.co; mc.roag@uniandes.edu.co

Ilustraciones y diagramación:
Iván Garzón Mayorga
ivangarzonmayorga@gmail.com

Única edición

2022



agradecimientos

Este trabajo se realizó en el marco del proyecto “Gestionando el agua, controlando los mosquitos: cambio climático, género, equidad y acceso al agua en la Colombia peri-urbana” financiado por DUPC2: Programa para el agua y el desarrollo del Instituto por la Educación en Agua de Delft -Holanda.

El proyecto fue ejecutado por la Fundación Evaristo García en asociación con el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo – CIDER de la Universidad de los Andes (Bogotá), la Universidad del Norte (Barranquilla), el Instituto por la Educación en Agua, IHE (Delft-Holanda), la Universidad de Utrecht (Utrecht-Holanda), el Comité por la Defensa del Agua y la Vida (Buenaventura) y las secretarías de salud (Buenaventura y Barranquilla).

Agradecemos los aportes de las etnógrafas de la ciudad de Buenaventura: Adriana Gicela Riascos Caicedo, Livilis Gicela Grueso Diaz, Andrea Paola Gómez Perlaza, Yirlay Milagro Castillo Moreno, Melisa Orobio Rentería, Francia Esley Riascos Perlaza, Sindy Vanessa Caicedo Arrechea, Luz Marina Nuñez Ramírez, Gloria Isabel Riascos Viveros, Ximena Mina Martínez, Sandra Marcela Góngora Perlaza y Surley Milena Paredes Vega. También agradecemos los aportes de las etnógrafas de la ciudad de Barranquilla: Gabriela Monsalvo Molina, Jocelyn Ortiz Buendía, Alexandra Ibeth Molina Grimaldo, Jessica Julieth Marchena Pérez, Brianda Margarita Jiménez Bolívar, Paula Andrea Salgado Mercado, Valeria Isabel Cueto Avila, Nais Sandrith Escaño Jimeno, Indira Luz Pérez Gómez, Alba Rosa Menace Arrieta, Daritza Adriana Teheran Viñas y Dayana Vanessa Casas Hurtado; agradecemos a las coordinadoras en ambas ciudades Meliza Machado Soliman en Buenaventura y Gabriela Monsalvo Molina en

Barranquilla, a los asistentes técnicos que facilitaron la recolección, transmisión y almacenamiento de los datos, José Alberto López Patiño y Roger Rossi Ballesteros (Universidad de los Andes), al profesor Alejandro Camargo (Universidad del Norte) por la capacitación etnográfica, a la profesora Tatiana Acevedo (Universidad de Utrecht) por la capacitación en género, a la profesora María Cecilia Roa García (Universidad de los Andes y Fundación Evaristo García) por la capacitación en ética, a Clara Eugenia Roa García (Fundación Evaristo y Universidad Nacional sede Palmira) por la coordinación del proceso, y a Narcilo Rosero por facilitar la conexión con las mujeres de Buenaventura.





introducción

¿Por qué para algunas personas en Colombia la vida es más fácil? ¿Por qué desde que nacen estas personas no se han tenido que preoclar porque lleguen todos los servicios básicos a sus casas? Seguramente la desigualdad en el acceso al agua, la energía, la salud, las vías y la educación es resultado de una larga historia de colonialismo y racismo. En un sistema democrático y justo debería haber acceso equitativo a los servicios básicos para que todas las personas podamos disfrutar de una vida digna.

En esta serie de cuatro cartillas, recolectamos historias de mujeres que han construido con sus propias manos y su liderazgo vidas más dignas para ellas, sus familias y para las comunidades que han rodeado sus hogares. Estas mujeres han luchado por el acceso a servicios básicos como agua, energía, educación y medios de transporte. Las cuatro historias de vida son fruto de un trabajo realizado por etnógrafas de las ciudades de Buenaventura y Barranquilla a manera de homenaje a mujeres reconocidas por haber imaginado y construido sus barrios pensando en el bien común, perseverando en sus sueños y orgullosas de sus saberes y costumbres.

mercedes hurtado



Mi nombre es María Mercedes Hurtado de Hurtado, mujer luchadora y de guerra, nací el 27 de septiembre 1944 en la ciudad de Cali , fui criada en Tumaco hasta mi juventud, actualmente resido en el Distrito de Buenaventura, en la comuna 12, barrio Nuevo Amanecer.

Cuando era muy pequeña, a la edad de 8 años exactamente, quedé huérfana de madre y desde entonces inició una guerra entre mi papá, el señor Julio Angulo y mi abuela materna Mercedes Arboleda, porque ambos querían vivir conmigo. Mi abuela por querer llenar ese vacío que le dejó mi madre. Vivieron aproximadamente un año en esa lucha. Yo era muy avisada; mi papá sabía cómo convencerme de vivir con él: solo con mostrar un cartón de juguetes y dulces yo corría a quedarme una temporada con él; cuando veía que los dulces se acababan me aburría y pedía que me llevaran a casa de mi abuela porque la quería mucho.





En mi adolescencia, a eso de los 12 y 13 años, recuerdo que me gustaba mucho estar donde estaba mi tía que ya se había convertido en la madre que no tenía. Entonces adonde ella iba, yo me las ingenia-ba para estar en el mismo lugar. A mi tía le gustaba mucho rezar en los velorios y últimas noches y de tanto estar con ella, me fue agrado-dando mucho lo que hacía y fue así como lo aprendí y lo aplico hasta el día de hoy. Es algo que me gusta demasiado, lo llevo en el corazón y me trae bonitos recuerdos de la época. Otra de las cosas que apren-dí de mi tía, fue a conocer todo tipo de hierbas y a prepararlas (para el dolor de cabeza, el mal aire, los parásitos, el pasmo, etc.). Estas enseñanzas las he aplicado hasta hoy porque me gusta ayudar a las personas.



Después de algunos años, en 1961, a la edad de 17 años, conocí en Tumaco el amor de mi vida, el padre de mis hijos, el señor Eraclides Hurtado.

En 1962 me casé. Para esa fecha ya tenía los 18 años. De ese matrimonio tuve tres hijos, dos mujeres y un hombre. Una de las niñas murió cuando tenía tres años y medio. Fue un golpe muy fuerte para la familia. Aún para el niño, ya que el cementerio quedaba como a dos cuadras de nuestra casa y mi hijo se sentaba mirando a esa dirección y repitiendo que allí estaba su hermanita y se ponía muy mal; me dio mucho temor y decidimos con mi esposo salir de Tumaco hasta el distrito de Buenaventura.



Llegué a Buenaventura en el año 1970 al barrio Miraflores. Para esa fecha por diferentes motivos ya me había separado de mi primer esposo. Entonces compré un terreno al señor Eraquido Cortez que en paz descance. En medio del trato que empezamos a tener nos fuimos conociendo hasta que nos enamoramos y nos fuimos a vivir juntos en la casa que era de él, pero en donde había vivido con la antigua esposa. Entonces yo un día pensando, le dije: "No quiero vivir más en esta casa, porque al fin y al cabo esa casa viene siendo de sus hijos." Él me dijo que no, que yo también le había metido mano al lugar; yo le dije: "Por eso no hay problema: Dios da la llaga, pero también da la medicina".



Teníamos un vecino llamado Miguel Panameño y le pregunté si él tenía terrenos en la comuna doce, ya que él fue el primer fundador de la comuna doce. Él nos dijo que sí. Después de eso nos vinimos a este barrio a mirar los terrenos y me gustaron mucho y le compré dos y logramos construir uno en el año 1996. Mi hija que posee una discapacidad cognitiva, para esa fecha estaba señorita, había quedado embarazada y tuvo un bebé. Tan berraca fui que me vine a vivir a este barrio con dos discapacitados y un bebé- mi esposo era ciego. Acá no había energía, ni agua, ni tienda cerca adonde comprar una pastilla. Para salir desde mi casa hasta donde Don Cupe, que era la única tienda, había que abrir el camino con palo para no perderse, porque era monte a un lado y al otro y desde las seis de la tarde ya no podía salir más. Dormíamos con las gallinas.



El agua que consumimos era del agua lluvia y tenía que hervirla para poderla consumir. Después de un año vino a edificar la Señora Amparo quien nos daba agua porque ella tenía una tubería que venía del muelle y todos los vecinos iban a llenar a mi casa porque había comprado una manguera como de 50 metros de color negro para poder conectarla desde la casa de ella. Todos teníamos tarros de aceite para llenar, no teníamos tarros grandes; yo dejaba que llenara el personal de afuera y después llenaba yo los míos.



Para ese entonces hubo una señora, no recuerdo el nombre, eran unos paisas, que nos dio energía, pero teníamos tanta suerte que siempre los dueños de lo ajeno se nos llevaban los cables. Yo me cansé de esa robadera y le dije a mi esposo que hicieramos un gasto manifestando que teníamos un niño en casa de ocho meses. Él era ciego y Leticia, mi hija, es especial. ¿Qué hago yo pues sin energía y todas las noches poniendo velas? Llegará un día en que me quede dormida y se prende la casa. Fue así cuando debimos comprar muchísimos metros de cable ya que la energía quedaba a una enorme distancia. Así estuvimos muchos meses hasta que muchísimo tiempo después hice la gestión para poder tener el contador ya que la energía que teníamos era muy deficiente.





Para formar este barrio la gente siempre tenía que hablar con Don Tiburcio Vivero quien era el presidente para esa época de 1977 y él exponía cómo podían ser las cosas. A mí me parecía una persona muy amable y de gestión por el barrio y eso nos agradó mucho y logramos un acercamiento entre su familia y la mía. En ese entonces nos hicimos también muy amigos de la familia Rojas que vivía en casa de barro. Incluso a esta calle le pusieron calle Rojas por esa familia, ya que fueron unos de los primeros en llegar acá.

Un día cualquiera del año 1999, llega el Presidente del barrio a pedirle permiso a mi esposo para que yo pudiera ser parte de la junta de acción comunal, porque a él le parecía que yo tenía mucha agilidad para hacer las cosas. Yo me quedé pasmada, pero me gustó la idea, porque me gustaba el comportamiento de ellos y eso me animó más y a mi esposo no le pareció mala la idea porque decía que yo era muy “andan calle”.

Mi primera responsabilidad en la junta de acción fue trabajar con los adultos mayores, nos tocaba ir a Bienestar familiar y traer bienestarina para repartirlas. Después fui tesorera, fiscal, secretaria y vicepresidenta. A los tres años íbamos a entregar la junta, pero la comunidad no quiso que nos retiráramos.



Una de las gestiones que hicimos en el año 2000, si mal no recuerdo, para tener agua en cada casa fue ir hasta Acuavalle e insistir para obtener el servicio al cual teníamos derecho. Entonces tocó meter la tubería madre por el barrio Dignidad, porque ya tenía un tubo madre que venía del muelle y quedaba más cerca que meterla por nuestra calle que no tenía como empatar la tubería individual. Hubo muchos conflictos entre los vecinos, porque el más avisado quería conectar el agua en el chorro más grande y no le importaba desconectar a su compañero y eso se formaba la de “San Gil”; a la junta nos tocó muy duro: fuimos hasta vigilantes para guardar el orden al momento de llenar el agua.



De igual modo nos tocó luchar por la energía. No tengo muy presente la fecha, pero creo que fueron unos meses después. En la casa del Señor Rojas, había un poste de madera con energía pero no era suficiente para repartir a todas las casas. Si prendía un bombillo, tenía que apagar otra cosa. Fue así como el finao Tiburcio, quien murió en el año 2011, gestionó para que nos prestaran el servicio y más postes. La gente cree que las cosas se daban con “soplar y hacer botellas” pero no, eso es una cosa muy seria y difícil: el subir y venir y sin ningún recurso; nos tocaba vender un terreno para poder tener recursos y gestionar, y la gente comenzó a decir que el presidente era un ladrón.

Para el año 2000, recuerdo que nos fuimos a la policía a gestionar alarmas porque en ese entonces andaban “los tumba puertas” metiéndose a las casas ajenas a robar. Entonces cada casa tenía un timbre y cuando veía algún ladrón o alguien estaba siendo robado, tocaba el timbre y todo el barrio salía con palos, machetes, ollas y lo que se le ocurriera y fue así que en ese tiempo los espantamos hasta el punto de atrapar y amarrar a los postes a algunos de ellos. Otra gestión de la junta fueron las casas para los desplazados: La Casa del Limonar.

Hoy podemos gozar de una buena energía, la calle que se pavimentó, el agua no todos los días, pero tenemos la esperanza de que llegue hasta nuestras casas. Desde la muerte del presidente Tiburcio Viveros en el año 2011 ya nada es como antes. Hoy en día, yo me siento tranquila porque creo que aporté a mi comunidad. Me levanto a las 5 de la mañana; preparo mi café que no puede faltar; disfruto de mis hijos, nietos, vecinos; ayudo con mis hierbas a quien lo necesite; sigo rezando en los velorios y última noche cuando requieren de mis servicios. Seguimos bailando, la vida es para vivirla.



mercedes hurtado

